

MEDITACIÓN LXXXVII

Paralelo entre Jesucristo y Barrabás ante el tribunal de Pilatos.—Contemplación

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar las acciones.

PRIMER PRELUDIO.—«Habiendo reunido Pilatos á los príncipes de los sacerdotes, á los magistrados y al pueblo, les dijo: Me habéis presentado á este hombre acusándolo de sublevar al pueblo; yo le he interrogado delante de vosotros, y no halló en el razón alguna de condenarle; este ha sido también el juicio de Herodes. Es costumbre entre vosotros que en la fiesta de Pascua os ponga en libertad á un reo; ¿á cuál de los dos queréis, pues, que os suelte, á Barrabás ó á Jesús llamado el Cristo?... Todos clamaron diciendo: aparta de nuestra vista á ese, y suelta á Barrabás. Pilatos les dirigió por segunda vez la palabra y les dijo: ¿Qué queréis, pues, que haga del Rey de los Judíos, llamado Cristo?... Ellos gritaron de nuevo: ¡Crucifícale, crucifícale!» (1)

SEGUNDO PRELUDIO.—Representarse el pretorio; por fuera un vasto patio en donde el pueblo se halla reunido.

TERCER PRELUDIO.—Suplicar á Jesucristo que os alcance, un íntimo conocimiento de su divino Corazón y que aumente cada día más en vos la estima y el amor á la abyección.

PUNTO I

Contemplar las personas

A Pilatos, ora sentado en su tribunal en el interior del pretorio, ora adelantándose hacia fuera para

(1) Luc., XXIII, 13...., Matth., XXVII, 17.

hablar al pueblo. Parece estar inquieto, preocupado, indeciso.... ¿No observas en sus facciones que su corazón ha de ser sin duda alguna teatro de un terrible combate?... ¡Oh! cuán cruel y despótico es el respeto humano!... A los acusadores de Jesucristo, los príncipes de los sacerdotes, escribas y fariseos; su aspecto es sombrío y amenazador.... Alimentan evidentemente en su ánimo un negro proyecto; todo en ellos revela su odio.—Al pueblo: el deseo de averiguar, la ociosidad, y el ansia de ver algo extraordinario lo reunió allí en gran número.... La veleidad de sus pensamientos se dibuja en la de sus miradas.... Esto deja prever que está dispuesto á prestar su asentimiento á todo aquello que se le diga, sin reflexión ni examen y á recibir todas las impresiones que se le quieran comunicar: disposición funesta que lo ha de empujar á cometer el mayor de los crímenes y lo precipitará en el abismo de las mayores desventuras.—Barrabás, en el fondo de su calabozo, esperando la muerte que ha merecido por sus crímenes.... ¡Qué aspecto tan criminal!... Todo es repugnante en este hombre!...—Pero observad atentamente el rostro adorable del Salvador con vuestro corazón porque los ojos corporales son insuficientes. Siempre la misma dulzura, siempre aquella serenidad, y la misma calma; siempre ese ardiente deseo de sufrir por nosotros, y de vernos aprovechar de sus sufrimientos marchando por el camino que El con su ejemplo nos trazara.

PUNTOS II Y III

Escuchar las palabras y considerar las acciones

¿Qué dirá, qué hará Pilatos? Ha cometido ya un enorme delito enviando á Jesucristo á Herodes por una debilidad indigna; felizmente puede todavía repararlo todo: con sola una palabra que diga podrá salvar á Aquel cuya inocencia Herodes, lo mismo que él, ha reconocido. «Me habéis presentado á este hom-

bre como alborotador del pueblo; lo he interrogado delante de vosotros mismos, y no le hallo culpable de ninguno de los crímenes de que vosotros le acusáis. Ese mismo es el sentir de Herodes; por esto os envié á él, y por cierto no lo ha tratado como un hombre que le haya parecido digno de muerte. Pretendéis que haya comenzado á sublevar el pueblo por la Galilea; ¿quién sobre esta puede estar mejor instruido que Herodes? Decís que sigue todavía sublevándolo hasta la Judea y Jerusalén; ¿quién puede saberlo mejor que yo? Opongo el juicio del príncipe al que vosotros queréis exigirme; ¿queréis que condene á muerte á un hombre que á nadie condena!.... Es verdad que se ha mofado de El, ¿pero no habéis visto que aún en eso mismo él se ha burlado de vosotros, puesto que estos pretendidos crímenes de estado con los cuales tanto ruido habéis metido, han sido juzgados poco más ó menos una locura sin consecuencia alguna?.... Lo castigaré pues, y luego lo saltaré: *Emendatum ergo illum dimittam*» (1).

¡Oh! extraña conclusión! ¿Quién podrá atenerse á ella? ¿Cómo! le declararéis inocente, reconocéis las falsas acusaciones presentadas contra El, y por eso mismo le castigáis! *Corripiam ergo illum* (2). Es aparentemente lo contrario lo que queréis decir: váis á castigar á los acusadores y á hacer justicia al acusado... No, todos los miramientos serán para aquellos, cuya perversidad en el fondo de vuestro corazón detestáis, y los rigores para aquel, cuya virtud no podéis menos de admirar!.. ¡Oh buen Jesús! sin duda alguna queréis consolar y ser el modelo de vuestros discípulos oprimidos, y especialmente de vuestros ministros, á quienes toca anatematizar sin darse punto de reposo el rencor y la calumnia.

Esta primera concesión enardeció á los enemigos del Salvador, descubriéndoles más y más la debilidad del juez. El cobarde pretor imagina otro expe-

(1) Luc., XXIII, 16.

(2) Ibid., 22.

diente: «Es costumbre entre vosotros, les dice, que en la fiesta de Pascua, os ponga en libertad á un criminal; ¿á quién queréis que os suelte, á Barrabás ó á Jesús, á quien llaman Cristo?» Cuanto más odiosa es la comparación, tanto más entra en sus miras: «*Quem vultis vobis de duobus dimitti?*» Cuál de los dos, *de duobus?*.. Escoged: la libertad será concedida á aquel á quien vosotros preferáis, el otro sufrirá el último suplicio; pero reflexionadlo bien, consultad la justicia y vuestros propios intereses...»

Mientras espera la respuesta, su esposa le manda decir: «No os queráis meter en lo que mira á ese Justo, porque muchas cosas he sufrido con respecto á El en un sueño que he tenido.» ¡Oh Dios mío! cuántos esfuerzos no ha hecho vuestra gracia para detener á un pecador que está en el borde del precipicio! Pero cuando el hombre comienza voluntariamente á resbalar, ¿quién podrá detenerle?.. Un sordo murmullo se oye entre la plebe; satanás por boca de los escribas y fariseos ha inspirado al pueblo, que grita con toda la fuerza de sus pulmones: *Quítanos á ese, suéltanos á Barrabás!*.... No son ya voces tímidas las que se oyen, sino gritos tumultuosos, es el furor del populacho... No son tampoco voces aisladas, sino todo el pueblo; hay completa unanimidad: *Exclamavit simul universa turba, dicens: Tolle hunc, et dimitte nobis Barabam.* ¡Cuánta energía en esa expresión de odio! «*Quítanos á ese, tolle hunc.*» Ni siquiera se dignan pronunciar su nombre. «Hazlo desaparecer; no nos condenes á verle por más tiempo: que deje ya de ser; que perezca! ¡Oh Salvador! ¿Cuáles fueron entonces vuestros sentimientos para con ese pueblo ingrato á quien tantos beneficios habíais concedido y tantas muestras de vuestro amor habíais dado? Sentimientos de compasión, de ardiente caridad; los mismos que habéis infundido en el corazón de vuestros mártires, cuando ellos vinieron á ser, como Vos y por Vos, el objeto del furor público; los mismos que inspiráis todavía á vuestros buenos Sacerdotes, cuando exponiéndose por vuestra gloria al odio del mun-

do, sienten rugir las pasiones humanas contra ellos.

Pilatos queda admirado y afligido, pero todavía insiste: *¿Qué queréis pues que haga del Rey de los judíos?—Crucifícale, crucifícale.—Pero ¿qué mal ha hecho? ¡Ah! decid mejor ¿qué bien ha dejado de hacer? ¡Oh Sacerdotes! no confiéis en vuestra inocencia ante el tribunal de los hombres; ni menos aún en los servicios que les hayáis prestado. Nada podéis esperar aquí abajo de su gratitud; pero esta ingratitud no os debe impedir el sacrificaros por su salvación. A cada una de las propuestas de Pilatos sólo da esta respuesta: *Crucifícale, sea crucificado!* He ahí, pues, conseguido ya el objeto tan deseado por los enemigos del Salvador, tan claramente prevenido por los profetas, tan repetidas veces predicho por El mismo..... Pilatos ha puesto en juego todos los resortes de su política, pero la sentencia ha sido pronunciada en el Cielo y en la tierra. La muerte de Jesús se acerca, y si El debe ser crucificado, ¿qué mucho que lo sea también su discípulo y representante?: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis concupiscentiis* (1). Sin esto ¿cómo podría asemejarse á su modelo?*

Continuamente debiera yo tener en mis labios, refiriéndola á mí mismo, esta palabra de salvación: *Crucifigatur*. ¿Se queja mi cuerpo, huye del trabajo y pide el reposo? *Sea crucificado*. ¿Se rebela mi carne, quiere la concupiscencia aprisionarme, quieren los vicios revivir y dominarme? Que todo esto *sea crucificado*. ¿Siento en mi corazón sentimiento de orgullo, de antipatía ó de venganza? *Sean crucificados*.

Pilatos se lava las manos diciendo: *Inocente soy de la sangre de este Justo; allá vosotros* (2). Cobarde pretor, ¿y á ti acaso no te interesa? ¿Este es el uso que haces de un poder que te ha sido dado para castigar el crimen y proteger la inocencia? ¿Es acaso suficiente reconocerla cuando estás obligado á defender-

(1) Gal., V, 24.

(2) *Vos videritis*. (Matth., XXVII, 24).

la?—*El pueblo entero responde: Caiga su Sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos...* ¡Qué locura! ¡Un juez pagano tiembla cuando se trata de condenar á Jesús, y los judíos adoradores del verdadero Dios para obtener tan injusta condena, aceptan la responsabilidad, presentan sus cabezas á los golpes de la justicia de Dios, y con ellos á sus descendientes!

COLOQUIO con Jesucristo. ¡Oh! cuán sensible tiene que ser para tu corazón el ver tal encarnecimiento en sus enemigos, tanto odio para El en un pueblo á quien tanto amo! Pero lo que le aflige profundamente es la perdición de Pilatos, y la sentencia de reprobación que los judíos pronuncian contra sí mismos. Compadeced sus dolores, dadle muestras de vuestra gratitud. Pedidle que su Sangre caiga en abundantes bendiciones sobre nosotros y sobre las almas confiadas á nuestros cuidados; que caiga sobre los corazones más empedernidos para ablandarlos, sobre los más ennegrecidos por el pecado para purificarlos, sobre todos en fin para salvarlos.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Contemplar las personas*.—A Pilatos, ora sobre su tribunal ora presentándose al pueblo para hablarle. Parece estar inquieto, indeciso. Se halla atormentado por el respeto humano.—Los acusadores de Jesucristo: tienen todos un aspecto sombrío.—El pueblo: la veleidad de sus pensamientos se halla dibujada en la de sus facciones.—Barrabás en el fondo de su calabazo.—Pero fijad sobre todo vuestra atención en el Salvador..... Siempre aquella modesta serenidad, siempre el mismo deseo de sufrir por nosotros.

PUNTOS SEGUNDO Y TERCERO.—*Escuchar las palabras y considerar las acciones*.—¿Qué va á decir, qué va á hacer Pilatos? Todavía está en camino de reparación. Toma la defensa de Jesús, lo ha interrogado en presencia del pueblo y no lo halla culpable de ningún crimen..... Herodes ha formado de él el mismo juicio..... Por consiguiente lo hará azotar y después le pondrá en libertad. ¡Extraña conclusión! ¡Castigarle

porque es inocente!... Todos los miramientos son para los criminales, y los rigores para la virtud que reconoce y confiesa. He ahí lo que es el mundo para Jesús y sus discípulos. —Pilatos ha imaginado otro expediente: *¿A quién queréis que os suelte á Barrabás ó á Jesús?* Una exclamación universal se dejó oír: *¡Quítanos á ese y suelta á Barrabás!*...—Pilatos se aflige, pero todavía insiste: *¿Qué queréis, pues, que haga del Rey de los judíos?* — *Crucifícale, crucifícale.*—Pero *¿qué mal ha hecho?* Las preguntas del gobernador sólo obtienen esta respuesta: *Crucifícale.* Pilatos se lava las manos, y el pueblo acepta la responsabilidad de la Sangre divina que va á ser derramada.—Coloquio con Jesús el cual siente tan vivamente la injusticia que se le hace. Pedidle que su Sangre caiga sobre vos en abundantes bendiciones.

MEDITACIÓN LXXXVIII

Jesucristo atado á la columna.—Aplicación de los sentidos

- I. Aplicación de la vista.
- II. Aplicación del oído.
- III. Aplicación del olfato.
- IV. Aplicación del gusto.
- V. Aplicación del tacto.

PRIMER PRELUDIO.—«Entonces Pilatos hizo prender á Jesús, y le mandó azotar» (1).

SEGUNDO PRELUDIO.—Representarse el salón destinado á esas sangrientas ejecuciones; la columna donde Jesús va á ser atado; todo está ya dispuesto para un suplicio tan humillante como cruel.

TERCER PRELUDIO.— ¡Oh Salvador mío! haz que olvidándolo todo y hasta olvidándome de mí mismo, me ocupe solamente en este instante de los sentimientos de una tierna compasión, y vivo reconocimiento. Inspiradme un saludable temor de esta divina justi-

(1) *Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum, et flagellavit* (Joan., XIX, 1).

cia que tan rigurosa satisfacción exige del Cordero sin mancha; pero sobre todo enseñándome cuán justo es que me resigne á ser castigado en esta vida por la mano de vuestro Padre, puesto que he merecido los suplicios eternos.

PUNTO I

Aplicación de la vista

Observad lo que pasa antes, durante y después de tan dolorosa flagelación.—Mirad á la plebe que circula y se agita alrededor de la sala..., ¿qué esperan? Sobre su rostro se ve retratada una feroz curiosidad.—Contemplad á Jesús en manos de los verdugos. ¡Con qué mansedumbre les obedece, cuando le ordenan despojarse de sus vestiduras!... ¡Ah! ¡Cuánto no le ha de costar; á El que es la misma modestia, verse expuesto á las miradas é insolentes conversaciones de un populacho licencioso! — Observad á aquel verdugo sin entrañas que está atando al adorable Paciente á la columna. Mirad el palo que tiene en la mano, y los látigos armados de agudas puntas.... La cruel ejecución ha comenzado ya. ¡Qué granizada de golpes caen sobre el Cuerpo del Hijo de Dios! Mirad su Carne virginal desgarrada, su Sangre que corre á borbotones; la columna, el pavimento, los verdugos cubiertos ya de Ella: su divino Cuerpo está hecho todo una llaga, los golpes pronto caerán solamente sobre sus llagas....; cada vez hieren con mayor crueldad. Si se cansan, abandonan los azotes, y reposan, pero otros le suceden, los cuales hieren con nuevo rigor.... Uno de ellos finalmente, acordándose que su Víctima está reservada para otro suplicio, y temiendo verla expirar antes de tiempo corta los lazos que lo tienen atado á la columna; y Jesús cae bañado en su propia Sangre.

Deteneos y medita seriamente sobre esto. Si no os mueve á compasión, confundíos al menos, y estad seguros, como dice S. Buenaventura, que vuestro co-

razón es de piedra (1). Observad luego á vuestro Redentor ya moribundo, y que apenas puede tenerse en pie en aquel pavimento cubierto con su Sangre en medio de los girones de su divina Carne; está buscando sus vestiduras para cubrirse. Miradle tal como lo habían anunciado los profetas. «Hecho el oprobio de los hombres, más semejante á un gusano que á un hombre. Desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza, todo en El es sufrimiento y esta llaga universal no se halla vendada ni se calma con ningún remedio. Lo hemos visto ya; nada le queda de su belleza. Estaba presente á nuestros ojos; y preguntábamos donde estaba. ¡Buscamos á nuestro Dios, y sólo encontramos al Hombre de dolores, al Hombre sobre quien el Señor ha descargado su mano; porque ha sido herido á causa de nuestras iniquidades, quebrantado por nuestros crímenes!» Sí, Dios mío, por nuestros crímenes. ¿Podré pensar en ello sin enternecerme? Pero, ¿qué haré en expiación de estos pecados que tantos sufrimientos le causaron?

PUNTO II

Aplicación del oído

Escuchad el ruido de los golpes, las palabras de los verdugos con que se animan á golpear más fuerte, para apurar la paciencia del adorable Cordero...., los gritos del pueblo que aplaude semejante furor.... ¿De quién habla esta multitud, que no tiene otra pasión que un odio arrebatado contra aquel á quien antes había colmado con tanto entusiasmo?.... ¡Cuántos ultrajes! ¡Cuántas habladurías! ¡Qué de insultos!.... Pero Jesús ¿qué es lo que dice? Guarda silencio: *Lo han ofrecido en sacrificio, y no abrió la boca*

(1) *Hic eum diligenter considera per longam moram, et si hic non compateris, cor lapideum puta te habere. S. Bonav. (Cap., 76 medit. Pass.).*

para quejarse (1). Sólo habla su corazón: «*Ego in flagella paratus sum* (2). Me he puesto al nivel de los pecadores. Hiere, Padre mío, no me perdones pero sí perdona á los hombres. Y vosotros, ¡oh hombres! hijos de mi dolor, amadme y no queráis más ofenderme.» ¡Oh buen Jesús! ¿Cómo no amaros? ¿Cómo ofenderos todavía más? Detestación del pecado; amor de Jesús: todo lo que veo, todo lo que oigo hace en mí nacer y fortalecer estos dos sentimientos.— Pero en la sala del pretorio, después de la flagelación, queda todavía otra cosa que debemos escuchar, y es la Sangre de Jesucristo; porque esta divina Sangre habla, ó mejor dicho, clama: *Vox sanguinis clamat*. ¿Pedirá por ventura venganza como la sangre de Abel? ¡Oh, no! sólo pide misericordia! Pide á Dios perdón por los pecadores; pide á los pecadores que se arrepientan; y á Vos ¡oh Sacerdote! os pide celo, desprendimiento, inmolación de vos mismo, para la gloria de Dios y salvación de las almas.

PUNTO III

Aplicación del olfato

Es la Sangre de Jesucristo, lo mismo que su nombre y todas las virtudes de que El se nos presenta como modelo, un perfume que embriaga las almas y hace nacer en ellas el amor divino: *Oleum effusum.... Ideo adolescentulæ dilexerunt te* (3). Aspirad estos saludables olores, que bien pronto se esparcirán por toda la tierra para purificarla, los cuales se elevan ya hasta el Cielo para calmarlo. Decidle á Jesús con la esposa de los cantares: *Trahe me post te; curremus in odorem unguentorum tuorum*. Al olor de esos perfumes corrieron con tanto ardor aquellos aguerridos mártires, los Sacerdotes magnánimos, los penitentes,

(1) *Oblatus est...., et non aperuit os suum. (Is., LIII, 7).*
(2) *Ps., XXXVII, 18.*
(3) *Cant., I, 2.*

las castas doncellas para quienes los sufrimientos nunca fueron bastantes.

PUNTO IV

Aplicación del gusto

¡Cuánta amargura en la confusión que experimenta el Salvador despojado de sus vestiduras, pensando que es objeto de odio y de horror por aquellos que tanto cariño le debieran, y á quienes ama con tanto cariño!... Pero ¡cuánta dulzura en su caridad, en su paciencia y en su resignación! Gustad el consuelo que le proporcionan la gloria de su Padre reparada, la salvación de los hombres que obra, las gracias que nos merece, las desdichas de que nos libra, los bienes infinitos que nos obtiene: *Omne amarum dulce ac sapidum efficit* (1).

PUNTO V

Aplicación del tacto

¡Oh cuán abundante pasto encuentra aquí una piedad tierna y respetuosa! Cuántos objetos no pueden caer bajo el dominio del tacto! Allí se hallan todavía los instrumentos del suplicio; los palos rotos de medio á medio, manchados en sangre; los lazos que tuvieron prisionero al Salvador; la columna que ha venido á ser tan venerable. ¿Dejaremos por tierra los sagrados girones de la Carne de un Dios, que esos obcecados están hollando con sus pies? ¿Quién no se inclinará piadosamente para acercar sus labios á esa Sangre derramada por nosotros? ¿Quién no querrá mezclar con ella sus lágrimas? Recoged esa Sangre redentora, ofrecedla á Dios por nuestros pecados, y aplicadla á las debilidades de vuestra alma; es un remedio universal que nos preparó su infinita mise-

(1) Imit., l. III. c. V.

ricordia: *Livore ejus sanati sumus*. ¡Oh Sacerdotes! Todos los días bebéis esta divina Sangre en el altar santo! Si no ponéis obstáculo á ello, este cáliz donde lo tomáis, será para vos el cáliz de salvación eterna: *Calicem salutis perpetuae*.

COLOQUIO con Jesús azotado: terminad con la oración: *Anima Christi*.

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Vista*. Observad todo lo que pasa antes, durante y después de la flagelación.—Jesús en manos de sus verdugos. ¡Cuánta mansedumbre! Los empedernidos verdugos que amarran á la amable Víctima, arman su brazo y hieren con furor... Mirad rasgarse la Carne divina, correr la Sangre... todo su Cuerpo adorable ha venido á ser una sola llaga. Cortan las ataduras con que está amarrado Jesús, y cae bañado en su propia Sangre.... Mirale tal como le contemplaron los profetas, menos parecido á un hombre que á un gusano... Sólo nuestras iniquidades pudieron herirle, y nuestros crímenes maltratarlo de esta manera.

PUNTO SEGUNDO.—*Oído*. Escuchad el ruido de los golpes, las voces de los verdugos animándose mutuamente, la gritaría de los espectadores que aplauden... ¿Qué es lo que dice este pueblo, cuyas pasiones los fariseos tomaron en odio contra Aquel á quien antes habían admirado?... Y Jesús, ¿qué es lo que dice? Sólo habla su corazón: «Hiere, Padre mío, hiere á tu Hijo; pero perdona á los hombres: *Ego in flagella paratus sum*.» Escuchad asimismo la voz de su divina Sangre, puesto que ella clama como la sangre de Abel, pero ¿qué es lo que pide?

PUNTO TERCERO.—*Olfato*. La Sangre de Jesús, lo mismo que su nombre, es perfume que embriaga las almas... Aspirad ese perfume que se va á difundir por toda la tierra para purificarla.

PUNTO CUARTO.—*Gusto*. ¡Cuánta amargura no deberá causarle al divino Salvador el pensamiento de que es objeto de odio para aquellos á quienes amó con tal ternura!... Pero, cuánta dulzura en su caridad y resignación! Gusta el consuelo

que ha de proporcionarle la gloria de su Padre resarcida y la salvación del mundo consumada.

PUNTO QUINTO.—*Tacto.* Los instrumentos del suplicio, los azotes quebrados de medio á medio..... la columna, el pavimento inundado de Sangre. Recoged esa Sangre preciosa... Es un remedio universal que nos proporciona el Médico de las almas.

MEDITACIÓN LXXXIX

Jesús clavado en la Cruz.—Contemplación

- I. Contemplar las personas.
- II. Escuchar las palabras.
- III. Considerar las acciones.

PRIMER PRELUDIO. — «Le crucificaron, y con El á dos ladrones, uno á la derecha y el otro á la izquierda.» (1)

SEGUNDO PRELUDIO. — Representate el Calvario, donde se hallan ya preparados los instrumentos del suplicio; y luego á Jesucristo clavado en la Cruz.

TERCER PRELUDIO.—¡Oh mi buen Jesús, víctima de amor! Unidme á vuestro sacrificio, verdadero holocausto, donde todo queda consumido en el fuego de la más ardiente caridad, é infundid en mi corazón los sentimientos del vuestro.

PUNTO I

Contemplar las personas

Esa turba innumerable de extranjeros y habitantes de Jerusalén, reunidos sobre el monte Calvario... ¿Cuáles han sido los sentimientos que allí los han conducido? A unos la compasión; á un gran número de ellos la curiosidad; y á los más el odio ó no sé qué

(1) Joan., XIX, 18.

brutal placer de saciar su vista con ese sanguinario espectáculo.—Los verdugos, la rabia de su corazón y el furor en sus miradas, están irritados porque se ven vencidos por la paciencia de su Víctima. Los fariseos, los príncipes de los sacerdotes, cuya venganza va finalmente á quedar satisfecha, pues han deshonrado para siempre la memoria de Jesús, ó al menos así lo creen ellos, obteniendo que muera, no solamente de la manera más cruel sino también la más infamante..... No caben de alegría: los dos malhechores asociados al suplicio del Hijo de Dios para causarle mayor vergüenza. ¡Cómo hará uno de ellos brillar su gloria!—Las piadosas mujeres que lloran..... La Santísima Virgen sumergida en un mar de dolores por los sufrimientos de su Hijo... San Juan que le acompaña y participa de su dolor.—Pero él que sobre todo debe llamar vuestra atención, absorber todas las potencias de vuestra alma es Jesucristo en las manos de sus verdugos, y luego suspendido sobre la Cruz, donde va á consumarse con su doloroso sacrificio la obra de nuestra redención... ¡Oh! cuánto no podemos aquí aprender, y qué santas impresiones recibir!

PUNTO II

Escuchar las palabras

¿Qué es lo que dice ese pueblo en medio del cual Jesús ha pasado haciendo bien? *Tú que destruyes el Templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate á Ti mismo. Si eres el Hijo de Dios, desciende de la Cruz.*—¿Qué dicen los ancianos del pueblo, los príncipes de los sacerdotes, los escribas y fariseos? *A otros salvó, y á sí mismo no puede salvarse. Si es el Rey de Israel que descienda de la Cruz, y creemos en El. ¡Ha confiado en Dios! Si Dios le ama que venga á librarle; porque El ha dicho: Yo soy el Hijo de Dios.*—¿Qué es lo que dicen los malhechores crucificados con El? El uno blasfema: *Si Tú eres el Cristo sálvate á Ti mismo, y sálvanos también á nosotros: el otro reprende á este*